

TAWBA, LA DE LA RISA ANTIGUA

POR SABAS MARTÍN

En un tiempo Tawba sabía reír. En un tiempo los dientes de Tawba, grandes como bueyes, apartaban de sus límites la hiedra que amenazaba su sonrisa. En un tiempo, perdido ya en las crines ásperas del suceder de los instantes, Tawba tenía un séquito de aromas francos, sin medida, imprevisibles, impensados, que a donde llegaban daban la certeza brusca de que sus labios existían. En la garganta de Tawba se mantenía un sueño confiado.

Cuando la conocí yo andaba sumido en una lluvia que brotaba de ojos para adentro, rodeaba el aire un cúmulo de muebles viejos a los que me esforzaba por reconocer y una historia de vómitos atenuados clamaba, como una semilla herrumbrosa, en mi cerebro. Buscaba, en la noche extraña, un regazo cálido para extenderse, para anular el vértigo del mundo y colocarse en disposición de ser amada, para amarse a sí misma en un holocausto alucinado. Se escapaba su silencio entre los resquicios que formaba el humo de los cigarros y su hermosa dentadura visitaba los dominios del cansancio y del azufre. Mesas estériles al sol, señeras de la luz artificial, eran el túmulo de donde el vino adormilado rugiría, con espasmos, en los intestinos. Un coro de caras lavadas con detergentes, pinceladas insistentes sobre facciones aprendidas, eran el umbral velado que precedía las madrigueras en donde habitaban almas condecoradas con despojos, con aullidos de chacales en celo.

En un tiempo Tawba sabía reír. En un tiempo Tawba no sabía de bocas fingidas, de desgarramientos en la noche, de calabozos crecidos, de tallos doblegados con furia. Era entonces cuando Tawba reía y su risa brotaba de pronto, como una balada sin medida, sin espacio ni tiempo. Era entonces que miraba sus huellas en los caminos porque la tierra se arrimaba a ella buscando una herencia de calor nuevo. Era entonces que en la garganta de Tawba se mantenía un sueño confiado. Era entonces... En un tiempo en que Tawba sabía reír.

Cuando la conocí le pregunté su nombre. Sus palabras fecundaron el aire a lomos de un sagitario inabarcable y las grietas de sus labios desgranaron las sílabas henchidas con esa rabia agridulce que produce la impotencia. Y el coro de ecos oxidados movió mis párpados hasta la altura de sus ojos poblados por olivos negros. Todo guardaba el silencio normal de la ansiedad y quedaron solos nuestros ojos y la flor desnuda de su nombre.

Tawba es alta. Su presencia derrama un olor a miel recién estrenada. Si pudiera tal vez buscaría una corona para su frente en la bruma cautivada por la altura, luego guardaría en su despoblado desván la grandiosidad de su travesura. Ella tiene la frente amplia, casi prolongación del mar isleño, y busca en los añiles del cielo un espejo repetido para aprisionar el color y el movimiento de las olas. Cuando mira, achica los ojos, escudriñando más adentro de las pupilas de quien contempla, y con algo turbio en la mente, se hace difícil sostener su mirada. Los ojos de Tawba son implacables, demoledores. Van rectos hacia el centro del ser como una flecha lanzada hacia el blanco.

Estoy seguro que, como aquel dios prehistórico, también le gustaría contemplar el sol arrodillado sobre los tejados, pero sus ojos me recuerdan ya el paisaje. Ahora es una delgada espuma combatiendo por sobrevivir su blancura. Ahora enfila las rendijas de sus pestañas hacia la bóveda que oculta al hombre para abrir, a punta de mutilaciones, el camino que sostiene la verdad.

Tawba es un volcán delirante. Bajo su lava se apretuja, a trompicones, la dulzura que en un tiempo era su más fiel inquilina y que ahora se resiste a la explosión. El tiempo dejó cruda huella en sus manos, se convirtió en un racimo de sombras que, a fuerza de enterrar en la ausencia los besos, escondió el sosiego en la noche de los ciegos. Tawba creció junto a la luna llena, con el dolor de la búsqueda en cada una de sus células. Es una cigüeña palpitando en la proa de una lanza, una rosa tardía abierta en una habitación que guarda el frío total.

A veces se hastía de estar hablando sola y grita. Y sus gritos tienen verbos teñidos de sangre, sus gritos se envuelven en lágrimas que arden en bocas desdentadas, sus gritos son muertes olvidadas en las botas de los soldados en la desesperación de los fusiles, en el espanto de los niños que preguntan cansados de no recibir respuesta. Sus gritos van buscando aquella risa antigua que ahora es un cadáver extendido en su boca abierta hacia cada uno de los polos del universo.

Porque Tawba ha olvidado la risa. Se heló en la humedad de las raíces de las tumbas, quedó prendida en la cera de las velas que iluminan a los santos. Su risa se perdió entre los siglos repetidos de la tierra enmudecida. Sólo queda un luto profundo en sus labios desmayados.

Nos vimos muchas veces. Siempre intentando detener la carrera de las manecillas del reloj. Y todas esas veces quisimos que anocheciera en todos los relojes de la tierra para decir tristeza y comprobar, doliéndonos en lo más hondo, que no sucedía nada. Ella entonces cerraba los ojos y agarraba con fuerza mi brazo para volver a susurrar tristeza mientras sentía cómo apretaba mis mandíbulas, despedazando la amargura entre los dientes.

Nos vimos muchas veces. Siempre rodeados de gente. Creo que únicamente estuvimos solos cuando corrimos persiguiendo las vacilaciones de una brújula trastocada por tanta quietud forzosa. Luego nos detuvimos, colocamos el imán en la cajita y la flecha volvió a marcar el norte con tesón. El valor exacto de los ruidos indicaba el fin de la vereda.

Nuestros ojos seguían el ritmo atolondrado y monótono de los zapatos, la brújula indicaba, codiciosa, la dirección aprendida y un silencio de dentro a fuera preparaba el ocaso del sol como la cortedad de las oraciones que se dicen temblando.

Nos vimos muchas veces... Y siempre Tawba se convertía en una herida urgente que se insertaba en cada uno de los poros de los corazones pobres en cada uno de los agujeros que hacía el frío de las muertes inútiles.

Yo la amo sin que jamás lo haya dicho. Los amores vienen y van inexorablemente, pero dejan de suceder cuando se tambalean en el filo de la madrugada. Yo la amo sin que jamás lo haya dicho, sin que jamás lo escribiera en la frente del amanecer, por eso no puedo guardar el alma en los bolsillos e ir silbando los domingos mientras un cadáver, casi-rabia, casi-fuego, queda en los labios de Tawba, inerte.

Cuando la conocí su risa era una mueca masticada, una calcomanía ebria y burda. Tras ella anda Tawba sonámbula, dolida, intentando proclamar su dominio perdido, por milenios, en la sinrazón.

Recuerdo cuando me dijo que había desterrado sus muñecas para alcanzar el mundo de la mayoría de edad.

Recuerdo cuando quería sentarse en los ribetes de una nube y mirar con ojos infantiles ese mundo adulto en donde no había albergue para la ilusión.

Recuerdo cuando destapábamos los versos escondidos, que luego se hinchaban con nuestras voces para envolvernos en una burbuja gigantesca. Dentro nos metíamos los dos apuntalando las palabras que se caían, que nadie quería oír, y su boca se agrietaba aún más, y yo cerraba los puños y apretaba las mandíbulas...

Hace algún tiempo que no la veo. Un día no aguantó tanto dolor repetido y estalló en grandes carcajadas. Se fue rompiendo en unas carcajadas enormes, repletas, saladas. Unas carcajadas que se oyeron en todos los campanarios de todas las catedrales de todas las ciudades, y llegaron a todos los oídos de todos los sordos y les reventó el tímpano a todos. Sus labios se desgarraron de tanto reír, de tanto abrirlos para dejar paso a tanta risa acumulada desde antiguo. Tawba reía, reía, reía... Se mordía las manos... y reía. Se arrancaba los ojos... y reía, se le reventaron los pulmones... y reía. Tawba reía, reía...

Hace algún tiempo que no la veo. Cuando la conocí yo andaba sumido en una lluvia que brotaba de ojos para adentro. Un cadáver se extendía en su boca abierta hacia cada uno de los polos del universo.

Luego..., luego nos vimos muchas veces.

Nunca dije que la amara para no hacer mi boca mercenaria, y ahora Tawba lleva un luto profundo en sus labios desmayados. Ese luto profundo que amortaja su risa antigua, su cuerpo todo... como aquel sueño confiado.